

Un deseo y los señores anzuelo



MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación



Fondo Editorial Museo Casa de la Memoria

Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de Medellín

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

ISBN: 978-628-96735-1-7
Primera edición: diciembre, 2024

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Equipo de educación y pedagogía:
María Clara Ramírez Gómez
Jessica Sepúlveda Arbeláez
Santiago Restrepo Vélez
Susana Velásquez Velásquez
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Ilustraciones:
Tania Flórez Henao

Corrección de estilo:
Daniela Perrone Martínez

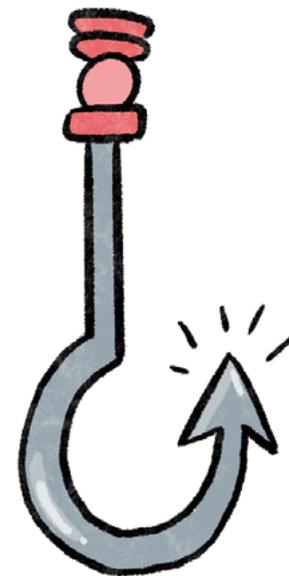
Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo

Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Calle 51 # 36-66, parque
Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.



Un deseo y
los señores
anzuelo

En una ciudad tranquila, donde el sol baila sobre las olas y la brisa susurra entre las palmeras, vive Mar, un ajolote rosado de ojos pequeños y una sonrisa contagiosa, junto a su mamá y a un banco de peces inquietos que se ayudan en todo. Viven al norte del barrio La Felicidad, donde todos trabajan muy duro para sobrevivir. A pesar de tener poco, su casa está llena de amor y alegría.

Entre las corrientes que se mueven sobre las calles, Mar pasa las tardes jugando con Alga, un ajolote amarillo de barbas largas y grandes ideas.

—No sé cómo ayudar a mi familia —le dice Mar con preocupación.

Alga la mira fijamente y responde:

—He escuchado que al sur hay un barrio que... —se detiene.

—¿El barrio La Internet? —pregunta Mar.

—¿También has escuchado de él?

—Un poco. ¿Cómo podría ser útil un barrio?

—Algunos dicen que hay personas que se dedican a hacer favores —responde Alga—. Los llaman Marengos, son pulpos que usan todos sus tentáculos para ayudar a quienes los necesitan.

Los ojos de Mar se iluminaron. ¡Claro! Eso es lo que necesita su familia: alguien que les dé una mano. O un tentáculo.



En secreto, emprende su viaje. Empaca algo de comer, agua de su barrio y una foto de su familia. Mientras nada, se pregunta cómo encontrar a los Marengos. Nunca ha ido a La Internet, no conoce sus calles, a su gente. Apenas sabe cómo llegar. Llegas al arrecife del centro, sigues las corrientes frías y derecho al sur.

Nada... nada, nada y nada.

En el camino, se encuentra con dos de los Señores Cuidado, los encargados de que todos estén siempre bien.

—¿Qué haces nadando por estos lares?

—No, nada, solo estoy dando un paseo.

—Hazlo con mucho cuidado: recuerda que hay mareas fuertes que pueden llevarte lejos de casa.

Les agradece y, con timidez, continúa su camino. Despacio, La Felicidad va quedando atrás; se aleja de su barrio y se adentra entre calles desconocidas.





BARRIO
LA FELICIDAD

Sobre las dunas lo ve aparecer. Ahí está La Internet. Está listo para atravesar la entrada.

El barrio es tal y como lo soñó: lleno de colores, de música, de juegos, de gente feliz. Entre los edificios, que llaman Aplicaciones, hay dulces que cualquiera puede comer y mucha gente que se pasa el tiempo hablando y riendo.

Mar, feliz por tanta belleza, decide preguntarle a uno de los transeúntes:

—Disculpe, señor, ¿sabe dónde puedo encontrar a los Marengos?

—¿A quién? —le responde confundido.

Mientras más pregunta, menos respuestas tiene. Parece que nadie los conoce. ¿Y qué si no son reales?

—¿Sabe quiénes son? —le pregunta a la gente—. ¿Dónde están? ¿Existen?

Cuando casi perdía la esperanza, siente que alguien toca una de sus barbas.

—Escuché que buscas a los Marengos.

Es un pez de su edad, bajito y con una mirada inquietante.

—¿Los conoces? —pregunta Mar con emoción.



—No tienes que buscar a los señores Marengos — responde él—, ellos te encontrarán.

—¡Qué buena noticia! ¿Qué debo hacer?

—Da una vuelta por esas aplicaciones de allá... Ellos suelen andar por ahí, buscando a quien ayudar.

Mar nada a toda velocidad. ¡Al fin!

Las Aplicaciones del barrio eran altísimas, cada ventana era un espejo oscuro que reflejaba el rostro feliz de Mar. Al acercarse, comenzó a escuchar una melodía...

—Existen muchos Marengos: algunos son amarillos; otros, azules— canta una voz en alguna parte—. Algunos, brillantes, muy brillantes, tan bellos como los diamantes. Otros, dulces como caramelo. Unos son ancianos en apuros, a quienes ayudarías algún día, seguro. Ir a sus moradas es casi como vivir un sueño.

Mar, alegre, cierra sus ojos y desea con tanta fuerza

encontrar a un Marengo que, de repente, ve frente a sus ojos a un ser desconocido. ¿Será que...?

—¿Quieres que te cumpla un deseo? —pregunta él con una voz profunda y amable. Sus tentáculos flotan en el agua con movimientos divertidos.



—¿Usted es un Marengo?

—Tengo muchos nombres, ajolote. Puedes llamarme como quieras.

—¡Te he estado buscando por cielo y mar! Quiero ayudar a mi familia y...

—Aquí estoy. Solo tienes que seguir mis instrucciones.

—¡Claro que sí! —le dice Mar con la emoción en los ojos.

—Para poder ayudarte tenemos que estar en un lugar seguro.

Lo lleva de la mano hasta una de las Aplicaciones de espejos oscuros, pero, antes de entrar, se agacha, le mira a la cara y le dice:

—Debes saber algo: este lugar tiene reglas. La primera es que las cosas de Marengos siempre son un secreto, no debes contarle nada de esto a nadie. ¿Lo prometes?

—Lo prometo —responde Mar.

—Segunda: si alguien te pregunta cómo ayudaste a tu familia, solo dile que jugaste, te divertiste y ganaste. Es importante sonreír. La tercera es que solo puedes invitar a este lugar a quien yo te diga.

—A Alga le encantaría venir aquí.

—Ya veremos. La cuarta regla es importantísima: ¡jamás contactarás a ninguno de los Señores Cuidado! Ellos siempre arruinan la diversión. Nuestra última regla, pero siempre la primera: haz todo lo que yo diga y siempre tendrás lo que tu corazón desea.

El Marengo vuelve a tomar su mano y, al fin, entran en la Aplicación. Adentro, Mar pregunta:

—¿Cómo vas a ayudarme?

—Es simple —dice el Marengo—: te asomas por las ventanas de esta Aplicación y grabas videos de

tu sonrisa, de tus juegos. Baila, si quieres. También podemos imaginar que vamos a piscina. Recuerda algo importante: este lugar funciona con imaginación. Lo único que tienes que hacer es pasarla bien. Te doy la bienvenida a tu nueva casa; al menos por un rato.

¡Es una gran noticia! Podrá jugar y ayudar a su familia, todo al mismo tiempo.

Su primera tarea es asomarse a la ventana y tomarse una foto sonriendo. Después, le pide que cocine algo y grabe un video. Así de fácil es.

Al día siguiente, la tarea es un poco más difícil: nadar de cabeza. Es complicado, pero lo logra, Mar nada muy, muy bien.

Van pasando los días y Mar guarda el dinero que le da el Marengo. Casi no extraña a su familia porque sabe que está ayudando.

Las tareas se van haciendo más extrañas: estirar sus barbas, hacer videos de su aleta, pintar sus dedos de colores. Va dejando de ser divertido y Mar siente una incomodidad rara.

Hasta que un día algo cambia.

—Es hora de tu tarea de hoy —dice el Marengo al entrar a la Aplicación—. Hoy vas a jugar... sin ropa.

El estómago de Mar da un vuelco.

—No quiero jugar sin ropa, Marengo.

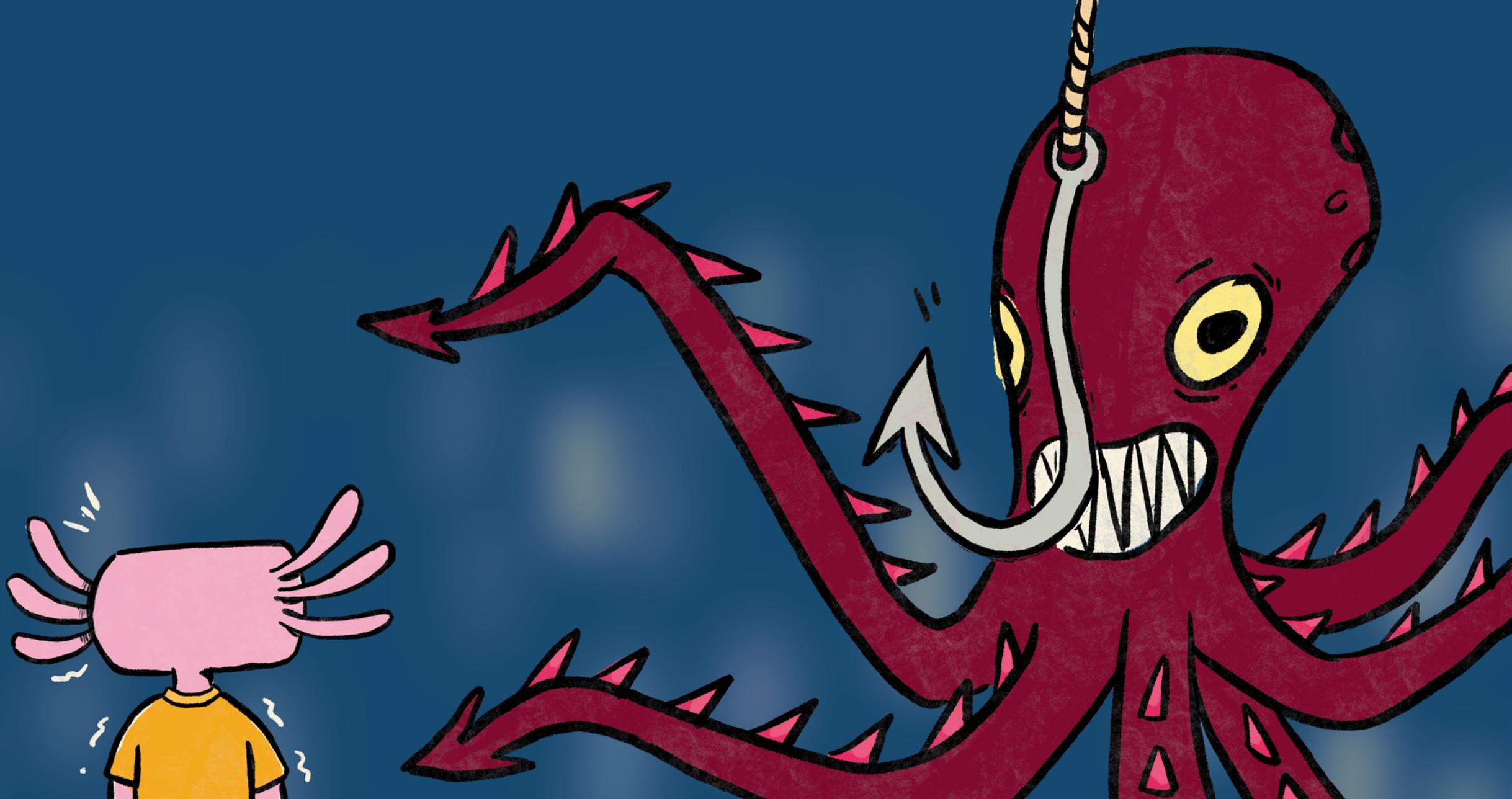
—¿Te estás negando?

Mar ve cómo el Marengo cambia de forma extrañamente, al parecer está muy enojado. Por un instante, Mar ve su forma real y se da cuenta de que no es un Marengo. Sus tentáculos son más sombríos, algo aterradores, llenos de púas en los extremos; su cuerpo no tiene forma, como si ni siquiera fuera un cuerpo, no entiende muy bien; pero lo

que más le atemoriza es su rostro. Esa criatura tiene una nariz puntiaguda, afiladísima, casi como... como un anzuelo.

Las cosas empiezan a salir mal desde esa mañana. Le obliga a trabajar largas horas, no le deja jugar con otros niños. Mar se da cuenta de que el Marengo es un Señor Anzuelo, una de esas personas que buscan atrapar peces y guardárselos para siempre; no son amables, en verdad, son maestros del disfraz que son capaces de engañar a cualquiera.

Los días van pasando más y más lento. Siente que el Señor Anzuelo lo mira desde todas partes, ya nunca logra sentirse en paz. Aquellas cosas simples, como jugar y cantar, son ahora un negocio para alimentar la maldad de los Señores Anzuelo. Son muchos días de llorar; ahora sí que añora volver a ver a su mamá.



Un día, mientras descansaba de sus tareas, escucha un ruido familiar que llega desde afuera: por la calle caminan muchos Señores Cuidado. Recuerda que ellos son los únicos que pueden “arruinar la diversión” de La Internet. Pero aquí no hay nada divertido, piensa triste. Entonces, Mar comienza a gritar y a golpear las ventanas de la Aplicación:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —pero nadie logra escuchar.

Por un momento, pierde la esperanza.

—¡Ayúdenme! —grita más fuerte.

En la distancia, un Señor Cuidado intuye que algo anda mal.

—Alerta —dice por su radio—. Alerta.

De la nada, los Señores Cuidado corren por todas las calles de La Internet, ocupan todas las Aplicaciones.

—¡Aquí estoy! —grita Mar mientras agita sus barbas.

—Ahí —dice un Señor Cuidado, señalando la ventana—: busquen a ese ajolote rosado.

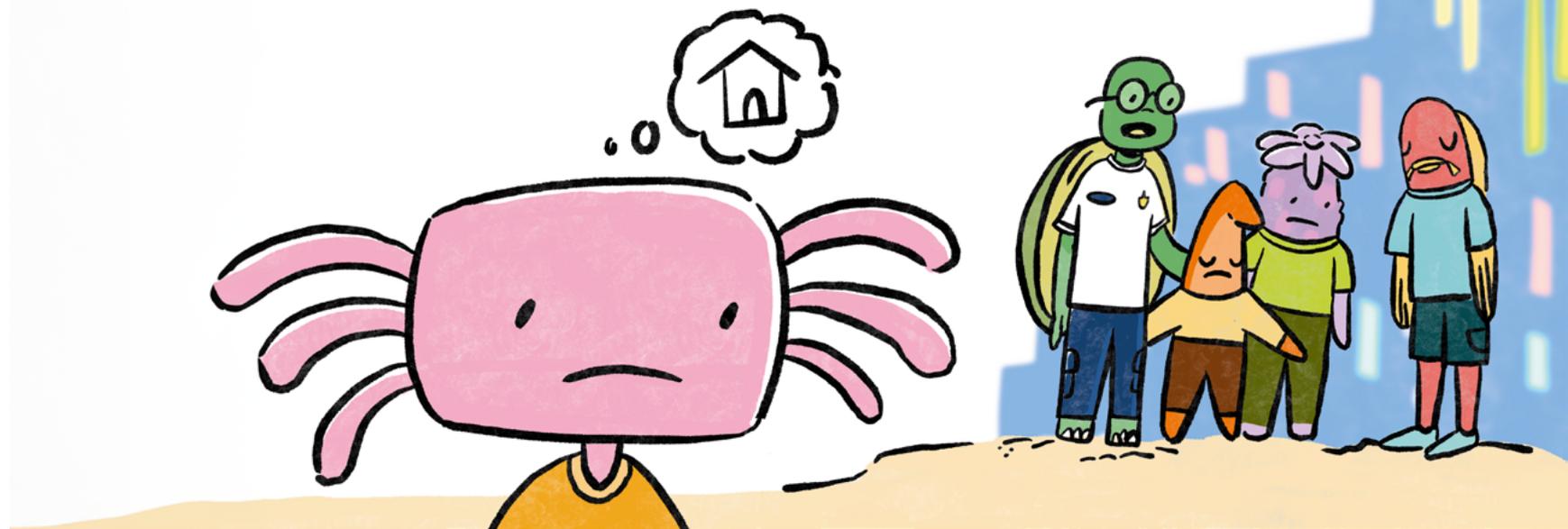
Mar sigue gritando y gritando, hasta que uno de los Señores Cuidado entra a su Aplicación. Eso era: ya estaba a salvo.



Mientras salían a las calles, se dio cuenta que ese Señor Anzuelo no era el único en aquel lugar; Mar no era el único ajolote encerrado entre aplicaciones. También peces, estrellas de mar y hasta pepinos marinos. Los Señores Anzuelo querían pescarlos a todos, engañarlos, meterlos en su red de mentiras.

Al llegar a casa, guiado por un Señor Cuidado, recibió el abrazo más fuerte de su mamá.

—La Internet y las Aplicaciones son lugares divertidos, Mar —dice el Señor Cuidado antes de despedirse—, sí, pero recuerda que, en cualquier calle, de muchas formas, puedes encontrarte con Señores Anzuelo. Ser un Señor Cuidado es responsabilidad de todos: desde tus padres, tus maestros y ajolotes cercanos pueden ayudarte.

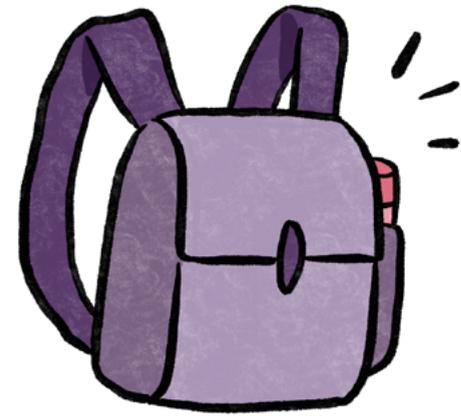


—Y aunque sean lugares divertidos —continúa su mamá—, puedes encontrar seres con malas intenciones.



La calma va volviendo a La Felicidad, despacio. Mar vuelve a jugar con Alga, a caminar a la escuela. Ahora sí que conoce muy bien que, cuando decide jugar en La Internet, debe estar alerta. Y sabe bien que la mejor forma de ayudar a su familia es siendo el ajolote feliz que siempre ha sido.









MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación